



OBRAS BREVES DE JACQUES MARITAIN



045-02

INDIVIDUALIDAD Y PERSONALIDAD

Jacques Maritain

Transcripción del capítulo II del libro 'La Persona y el Bien Común', de 1947

La persona ¿no es por ventura el yo? Mi persona ¿no es por ventura yo mismo? Hagamos hincapié, antes de pasar adelante, en las profundas contradicciones a que da lugar esta palabra y esta noción del yo.

Todo el mundo conoce el dicho de Pascal: "el yo es odioso". Y cuando de alguien se dice que tiene un carácter muy 'personal', ¿no es cierto que por esas palabras entendemos un carácter encerrado en sí mismo, imperioso, dominante, apenas capaz de amistad? Un gran artista contemporáneo decía: "No me gustan los otros"; palabras que revelan un carácter terriblemente 'personal'. y según esto podría creerse que la personalidad consiste en realizarse o desenvolverse a sí propio a costa de los demás, y que implica necesariamente cierta especie de egoísmo e impermeabilidad debidos al hecho de que todo el lugar está ocupado en un hombre preocupado de sí y de sus cosas.

Por otro lado, no obstante, ¿no es verdad que es un grave reproche decir a alguien que carece de personalidad? ¿Y no es cierto, asimismo, que los héroes y los santos aparecen ante nuestros ojos como lo más subido de la personalidad, y a la vez de la generosidad? Nada se ha realizado de grande en el mundo si no es a base de una heroica fidelidad a una verdad que un hombre que dice yo, ha contemplado de frente y por la cual se sacrifica; a una misión que ese hombre, persona humana, debe realizar, y de la que sólo él, acaso, tiene conciencia, y en aras de la cual sacrifica su vida entera.

Basta abrir el Evangelio para cerciorarse de que no ha existido personalidad mejor asentada que la de Cristo. El dogma revelado nos enseña que se trata de la personalidad misma del Verbo encarnado.

En consecuencia, y como contrapartida de las citadas palabras de Pascal, surgen en nuestra memoria aquellas otras de Santo Tomás: “La persona es lo más noble y lo más perfecto en toda la naturaleza”.

Pascal afirma que el yo es odioso. Mas Santo Tomás enseña que el que ama a Dios debe también amarse a sí mismo por Dios; debe amar su cuerpo y su alma con amor de caridad.

El replegarse sobre sí mismo – los psicólogos modernos llaman a eso introversión – puede ser causa de muchos desarreglos; y es opinión mía que muchos de aquellos que han sido formados en un estricto puritanismo se lamentan del dolor y de la especie de parálisis interior a que da lugar la *self-consciousness*. Mas, por otra parte, los filósofos, Hegel en particular (después de San Agustín), nos dicen que la facultad de tomar conciencia de sí mismos es uno de los privilegios del espíritu, y que los grandes progresos de la humanidad no son sino progresos en ese tomar conciencia de sí.

¿Qué decir de tales contradicciones? Ellas significan que el ser humano está situado entre dos polos: uno material, que no atañe, en realidad, a la persona verdadera, sino más bien a la sombra de la personalidad o a eso que llamamos, en el sentido estricto de la palabra, la individualidad; y otro polo espiritual, que concierne a la verdadera personalidad.

Al polo material, al individuo convertido en centro de todas las cosas, se refieren las palabras de Pascal; y el polo espiritual, en cambio, la persona, fuente de libertad y de bondad, es lo que hay que entender por las palabras de Santo Tomás.

Y nos encontramos así cara a cara con la distinción entre individualidad y personalidad.

Esta distinción no es cosa nueva; es una distinción clásica que pertenece al acervo intelectual de la humanidad. A ella equivale la distinción del mí (*moi*) y del sí (*soi*) en la filosofía hindú. Tal distinción es fundamental en la doctrina de Santo Tomás. Los problemas sociológicos, y aun los problemas espirituales, le han dado actualidad en nuestros días. Escuelas muy diversas la invocan: los tomistas, ciertos discípulos de Proudhon, Nicolás Berdiaeff y los filósofos que antes de la invasión de la nueva tropa existencialista se llamaban ya “existenciales”...

Es fundamental distinguir entre individuo y persona, y no es menos importante comprender bien esta distinción.

Tratemos en primer lugar de la individualidad.

Fuera del espíritu sólo existen realidades individuales. Y, por supuesto, las realidades colectivas compuestas de individuos. tales como la sociedad. Sólo ellas están en estado de ejercer o realizar el acto de existir. La individualidad se opone al estado de universalidad en el que las cosas están en el espíritu, y designa el estado concreto de unidad o de indivisión necesario para existir, y merced al cual toda naturaleza existente o capaz de existir se pone en la existencia como distinta de los demás seres. Los ángeles son esencias individuales; la divina esencia, en su soberana unidad y simplicidad, es supremamente individual. Las formas puras, es decir, los espíritus puros están por sí mismos, o sea en razón de aquello que constituye su inteligibilidad sustancial, en estado de individualidad. Por eso un ángel difiere de otro ángel, enseña Santo Tomás, como toda la especie de los leones difiere de toda la especie de los caballos o de toda la especie de las águilas. Cada uno de ellos difiere específicamente de los otros, y es un individuo, en razón precisamente de la forma, absolutamente libre de cualquier materia, en la que consiste su ser y que le constituye en su especie.

Cosa diferente acaece con las cosas de este mundo, es decir, con los seres materiales. Según el Doctor Angélico, la individualidad de las cosas tiene su raíz y razón en la materia, en cuanto exige ésta ocupar en el espacio una posición distinta de cualquier otra posición. La materia es en sí misma una especie de no ser, simple potencia de receptividad y de mutabilidad sustancial, como una tendencia o avidez de ser. Y en todo ser constituido de materia, esta pura potencia va sellada de una energía metafísica – forma o alma – que constituye junto con ella una unidad sustancial, y que la determina a ser lo que es, y que, por el mero hecho de estar ordenada a informar a la materia, queda particularizada a tal o a cual otro ser que, junto con otros muchos sumergidos asimismo en la especialidad, participan de la misma naturaleza específica.

El alma humana, según esta doctrina, constituye, junto con la materia que informa, una sola sustancia, camal y espiritual a la vez. Al revés de lo que creía Descartes, el alma no es una cosa – el pensamiento – que existe en sí misma como un ser completo; ni el cuerpo es otra cosa – la extensión – que existe en sí mismo como un ser completo; sino que el alma y la materia son dos co-principios sustanciales de un mismo ser, de una sola y única realidad que se llama el hombre; y siendo cada alma hecha para animar un cuerpo determinado (cuya materia proviene de las células germinativas que lo han traído a la existencia con toda su carga hereditaria), y teniendo cada alma una relación sustancial a un cuerpo particular, por eso el alma tiene en su propia sustancia caracteres individuales que la diferencian de todas las demás almas.

Tanto en el hombre como en los demás seres corporales, en el átomo, en la molécula, en la planta, en el animal, la individualidad tiene por raíz ontológica primaria: a la materia. Tal es la doctrina de Santo Tomás acerca de la individualidad de las cosas materiales. El carácter común de todos los seres que existen, a saber, el ser unos y distintos de todos los demás, las cosas materiales no lo poseen, como los espíritus puros, en razón de la forma que las constituye en tal o cual grado de inteligibilidad específica, sino en razón de algo que está por debajo del nivel de inteligibilidad en acto que es propio de las formas separadas, ya que existan, ya que sean meras abstracciones de la mente. La razón de que sean individuales es la materia *signata quantitate*. Sus formas específicas y sus esencias no son individuales por sí mismas, sino por su relación trascendental a la materia tomada como haciendo relación y situada en el espacio.

Hemos dicho que la materia es como una cierta ansia de ser, sin especial determinación que nazca de ella misma, y que recibe de la forma todas sus determinaciones. Podríase decir que en cada uno de nosotros la individualidad, por ser en mí lo que de mí excluye todo lo que son los otros, equivale a la mezquindad del ego, constantemente amenazada y siempre ávida de tomar para sí, que deriva de la materia en una carne animada por el espíritu.

El hombre, en cuanto individualidad material, no posee sino una unidad precaria, que constantemente tiende a volver a caer en la multiplicidad, ya que la materia tiende por naturaleza a desintegrarse, como el espacio a dividirse.

En cuanto somos individuos, cada uno de nosotros es un fragmento de una especie, una parte de este universo, un puntito de la inmensa red de fuerzas y de influencias cósmicas, étnicas, históricas, por cuyas leyes está regido; puntito sometido al determinismo del mundo físico. Mas cada uno de nosotros es al mismo tiempo una persona; y en cuanto somos una persona, dejamos de estar sometidos a los astros; cada uno de nosotros subsiste todo entero por la subsistencia misma del alma espiritual, y ésta es en cada uno un principio de unidad creadora, de independencia y de libertad.

Después de esta breve exposición de la individuación, pasemos a la personalidad. La personalidad es un misterio aun más profundo, y cuyo significado esencial es todavía más difícil de averiguar. Para entrar en el terreno de la investigación de la personalidad, creemos que el mejor camino es considerar las relaciones de la personalidad y del amor.

Dice Pascal: “Nunca se ama a una persona, sino sólo cualidades.” Tales palabras son falsas, y en su autor son reliquias de un racionalismo del que se proclamaba inmune. El amor no se dirige a cualidades, no son cualidades lo que se ama; lo que yo amo es una realidad, la más profunda, sustancial y escondida, la más existente, del ser amado: un centro metafísico más profundo que todas las cualidades y esencias que me es posible descubrir en el ser amado. De ahí tantas y tan variadas expresiones como brotan sin cesar de labios de los amantes.

A ese centro es adonde va el amor, sin prescindir, sin duda, de las “cualidades”, pero formando un todo con ellas.

Un centro, en cierto modo inagotable, de existencia, de bondad y de acción, capaz de dar y de darse y capaz de recibir no tal o cual don hecho por otro, sino a ese mismo otro como don, a un otro que se da a sí como en don. Y así nos hallamos, mediante la consideración de la ley propia del amor, dentro del problema metafísico de la persona. El amor no tiende hacia cualidades, ni hacia naturalezas o esencias, sino a la persona.

“Tú eres tú mismo – dice Julieta a Romeo –; tú eres tú mismo y no un Montesco... Renuncia a tu nombre, Romeo, y en lugar de ese nombre, que no es parte de ti, tómame a mí toda entera”.

Para poder darse, preciso es existir primero, y no solamente como ese sonido que atraviesa el aire o como una idea que atraviesa por mi espíritu, sino como una cosa que subsiste y que ejerce o realiza por sí misma la existencia; y no basta existir sólo como existen las otras cosas, sino que es preciso existir de una manera eminente, poseyéndose a sí mismo, teniéndose a sí mismo por la mano, disponiendo del propio destino, es decir, que hay que existir con una existencia espiritual, capaz de rodearse a sí misma de inteligencia y de libertad, y de sobreexistir en conocimiento. y en amor. Por eso la tradición metafísica occidental define a la persona por la independencia, como una realidad que, subsistiendo espiritualmente, constituye un universo aparte y un todo independiente (con independencia relativa) en el gran todo del universo y cara a cara del Todo trascendente que es Dios. Y por eso mismo esa misma tradición filosófica ve en Dios la soberana Personalidad, ya que la existencia de Dios consiste en una pura y absoluta sobreexistencia de intelección y de amor.

La noción de personalidad no radica en la materia a la manera de la noción de la individualidad de las cosas corporales, sino que se basa en las más profundas y más excelsas dimensiones del ser; la personalidad tiene por raíz al espíritu en cuanto éste se pone o realiza en la existencia y en ella sobreabunda. Metafísicamente considerada, la personalidad es, como con muy fundadas razones lo sostiene la escuela tomista, la “subsistencia”, este último acabamiento por el cual el influjo creador imprime en ella una naturaleza frente a todo el orden de la existencia, de manera que la existencia que recibe es su existencia y su perfección; la personalidad es la “subsistencia” del alma espiritual comunicada al compuesto humano; siendo en mi sustancia una firma o sello que la coloca en estado de poseer su existencia y de completarse libremente y de darse libremente, ella testimonia

en nosotros la generosidad o la expansividad de ser que se debe al espíritu en un espíritu encarnado, y que constituye, en los profundos secretos de su estructura ontológica, una fuente de unidad dinámica y de unificación interna.

De modo que la personalidad significa interioridad propia, en sí misma. Mas por ser precisamente el espíritu el que hace que el hombre, a diferencia de la planta y del animal, traspase las fronteras de la independencia propiamente dicha y de la propia interioridad, nada tiene que ver la subjetividad de la persona con la unidad sin puertas ni ventanas de la mónada leibniziana, sino que más bien exige la expansión y la comunicación de la inteligencia y del amor. Por el mero hecho de ser yo una persona y de comunicarme a mí mismo, exijo comunicarme con el otro, y con los otros, en el orden del conocimiento y del amor.

Es esencial a la personalidad el exigir un diálogo en el que las almas se comuniquen entre sí. Tal comunicación pocas veces es posible; y por eso la personalidad parece ligada en el hombre a la experiencia del dolor, mucho más profundamente que a la del esfuerzo creador. La persona tiene relación directa con el absoluto, en la que sólo ella puede alcanzar su plena suficiencia; su patria espiritual es todo el universo del absoluto y los bienes indefectibles, que son como la introducción al Todo absoluto que trasciende al mundo entero.

En definitiva, y para pedir al pensamiento religioso la última palabra acerca de esta cuestión, lo más hondo y esencial de la dignidad de la persona humana es el tener con Dios no solamente un parecido común a las demás criaturas, sino el parecersele en propiedad, el ser imagen de Dios, porque Dios es espíritu, y el alma procede de Dios, ya que tiene por principio de vida un alma espiritual, un espíritu capaz de conocer, de amar y de ser elevado por la gracia a participar de la misma vida de Dios, para conocerle, finalmente, y amarle como se conoce y ama él mismo.

Tales son, a nuestro entender, estos dos aspectos metafísicos del ser humano: individualidad y personalidad, con sus fisonomías ontológicas propias. Es muy evidente – insistimos para evitar errores y contrasentidos –, es muy evidente que no se trata de dos cosas separadas. No existe en mí una realidad que se llama mi individuo y otra que se dice mi persona; sino que es un mismo ser, el cual en un sentido es individuo y en otro es persona. Todo yo soy individuo en razón de lo que poseo por la materia, y todo entero persona por lo que me viene del espíritu; del mismo modo

que un cuadro es todo él un complejo físico-químico por las materias colorantes que lo componen, y a la vez todo entero es una obra bella merced al arte del pintor.

Tengamos también en cuenta que la individualidad material no es en modo alguno una cosa mala en sí. De ninguna manera. Se trata de algo bueno, ya que se trata de la condición misma de nuestra existencia. Pero si es buena la individualidad, lo es precisamente en orden a la personalidad; el mal está en dar, en nuestros actos, la primacía a ese aspecto de nuestro ser. Es incuestionable que cada uno de mis actos es acto mío, de mi individuo, y acto de mi persona; mas precisamente por ser libre y ocuparme todo entero, cada uno de mis actos es arrastrado ya en un movimiento que va hacia el centro supremo al que tiende la personalidad, o bien en un movimiento que va hacia la dispersión en la que, abandonada a sí misma, la individualidad material cada vez cae más bajo.

Débase notar aquí que el hombre debe realizar y completar, por su voluntad, aquello que su naturaleza es en bosquejo. Según una frase conocida que remonta a Píndaro, y que es de mucha profundidad, el hombre debe devenir o hacerse lo que es. Y esto a costa de muchos dolores y a través de grandes dificultades. Con su propio esfuerzo debe alcanzar, en el orden moral, su libertad y su personalidad: En otros términos y como lo hacíamos notar hace un momento, sus actos pueden seguir o bien el camino de la personalidad, o bien la inclinación de la individualidad material. Si el desenvolvimiento del ser humano se realiza en el sentido de la individualidad material, caminará en la dirección del yo odioso, cuya ley es tomar, absorber en provecho propio y egoísta; y por lo mismo la personalidad como tal tenderá a alterarse y disolverse. Si por el contrario, ese desenvolvimiento toma el sentido de la personalidad espiritual, se encauzará el hombre por la senda del yo generoso de los héroes y de los santos. El hombre no será verdaderamente una persona sino en la medida en que la vida del espíritu y de la libertad triunfen en él sobre la de los sentidos y de las pasiones.

Y aquí nos encontramos frente a frente con el terrible problema de la educación del ser humano. Son muchos los que confunden la persona con el individuo; para dar a la personalidad su desarrollo y la libertad de expansión a que naturalmente aspira, comienzan por huir de toda ascesis y privación, pretendiendo que el hombre dé sus frutos sin poda alguna. Y sucede que ese hombre se dispersa y se disocia; el corazón se atrofia y se exaspera el sentido. Otras veces todo lo que en el hombre hay de más humano se achica en una especie de vacío recubierto de frivolidad.

Otros comprenden torcidamente la distinción entre individuo y persona, creyéndola una separación. Piensan que existen en nosotros dos seres separados: el del individuo y el de la persona. Y su sistema de educadores es: ¡Muerte al individuo! ¡Viva la persona! Lo malo es que al matar al individuo, matan también a la persona. El concepto despótico del progreso del ser humano no es mejor que el concepto anárquico. El ideal de esa concepción despótica parece ser, en su primera fase, robamos el corazón; y en la segunda, reemplazado por el corazón de un ángel. La segunda operación es más difícil que la primera y tiene éxito las menos de las veces. En de la persona auténtica, en la que va impresa la misteriosa faz del Creador, surge una máscara, la máscara austera del fariseo.

En realidad, lo que importa más para la educación y el progreso del hombre, en el orden moral y espiritual (así como en el desarrollo orgánico), es el principio interior; aquí, en concreto, la naturaleza y la gracia.

Nuestros medios humanos no son sino auxiliares; nuestro arte, un arte de cooperación al servicio de este principio interior. Y todo ese arte consiste en suprimir y escamondar, tanto en lo que hace al individuo como en lo que afecta a la persona, de tal manera que en la intimidad del ser la pesadez del individuo disminuya, y en cambio la de la verdadera personalidad y la de su generosidad vaya en aumento. Arte preñado de dificultades.